

La estrategia de desarrollo económico y social de Cuba en el pensamiento guevariano (1959-1964): una alternativa diferente

Grizel Donéstevez
Sánchez,
Dagoberto Figueras
Matos,
Luisa Fajardo
Nápoles

La lectura y estudio de los trabajos teóricos, discursos e intervenciones especiales de Ernesto Guevara de la Serna (Che) sobre la economía cubana, no dejan espacio para dudas del lugar prominente que ocupa su pensamiento económico en la historia del período revolucionario. Reconocer este hecho no significa que subestimemos las facetas del Che como estrategia militar y estadista; tampoco pretendemos ignorar los aportes teóricos y las acciones de otros economistas cubanos y extranjeros que participaron en el complejo proceso de transformaciones de la estructura económica y de reordenamiento administrativo e institucional de la economía cubana de los primeros años de la Revolución. Sin embargo, de lo que se trata ahora es de exponer las principales ideas del Che referidas a la erradicación del subdesarrollo económico en Cuba, y al mismo tiempo revelar su protagonismo en la definición del diseño e inicio de las modificaciones de la estructura económica atrasada, deformada, y dependiente, distintiva de cualquier país del Tercer Mundo.

Nuestro objetivo es que en este «mundo culto» donde predomina casi con fuerza de ley una sola manera de pensar y hacer, *la neoliberal*, se conozca el pensamiento y la acción guevarianas, que surgidos de una experiencia histórica concreta enriquecen la cultura económica universal. A la vez que confirman que existen y son posibles otras alternativas, «aunque ésta no sea sencilla, ni esté libre de peligros, ni exenta de dificultades» y que para convertirla en realidad «sea preciso tener un pueblo entero detrás y una carga enorme de idealismo y de espíritu de sacrificio para llevarla a cabo en las condiciones casi solitarias en que nosotros lo estamos haciendo en América».¹

La elaboración y redacción de este trabajo entraña una gran responsabilidad. En primer lugar, porque al valorar al Che como hombre de pensamiento y acción, no se debe ignorar que él asumió compromisos de alta jerarquía en la dirección de la economía cubana, sin tener antecedentes y experiencias en estas actividades; en segundo lugar, porque el trabajo que presentamos carecería de todo valor teórico e histórico si al examinar sus ideas y acciones en la dirección económica,

¹ Ernesto Che Guevara: «La guerra de guerrillas», en *Temas Económicos*, p. 16, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

no se tuviera en cuenta los acontecimientos históricos de aquellos años dentro y fuera del país, y la influencia en los procesos económicos ocurridos entonces, y por último, sería inaceptable no reflejar en toda su dimensión la vitalidad y actualidad de su ideario, no solo para Cuba que lucha por su supervivencia, sino para aquellos países que en similares circunstancias aspiran al desarrollo.

Al valorar el pensamiento de aquellos hombres que tuvieron una participación decisiva en las acciones revolucionarias de los primeros años, resulta necesario delinear el panorama histórico de entonces, de otra manera nuestro análisis estaría limitado en su alcance, si dejara de reflejarse la enorme complejidad que entraña un proceso revolucionario verdadero. Son múltiples los ejemplos que pudieran ilustrar este comentario. Baste señalar que mientras en el país se concentraban recursos, esfuerzos e inteligencia para desarrollarse, innumerables circunstancias y agresiones obstaculizaban tan noble empeño. La hostilidad creciente del poderoso capital internacional –especialmente el de Estados Unidos de Norteamérica–, cuyo objetivo era destruir la Revolución, fue el rasgo más significativo de ese período. Las agresiones económicas, políticas y militares se fueron sucediendo con similar frecuencia en la medida en que se aplicaban las leyes revolucionarias. La experiencia latinoamericana ya lo había demostrado, el gran capital internacional no veía con beneplácito una revolución nacional liberadora en el continente, menos aún toleraría una revolución de carácter socialista. «Mal ejemplo el cubano, muy mal ejemplo. No puede dormir tranquilo el monopolio [...] mientras este mal ejemplo permanezca de pie de frente a los peligros, avanzando hacia el futuro [...] A la Revolución Cubana hay que destruirla»,² decía el Che con marcada ironía.

Y es que el proceso revolucionario cubano estaba llamado a la realización de esenciales transformaciones socioeconómicas, y de la superestructura política y jurídica, exponentes de su legitimidad y radicalización. Este proceso, como era de esperarse tropezaría con los intereses de la triada oligárquica que dominaba los sectores claves de la economía cubana, y con el capital nacional que se vio afectado por la aplicación de las leyes revolucionarias de 1959 y 1960. La reacción sería inmediata y tangible, las agresiones a tareas tan humanas como la erradicación del analfabetismo iniciada en 1961 –expresión de épica social participativa–, no dejaba dudas al respecto.

A estas circunstancias habría que añadirle que los intentos para superar el subdesarrollo tropezaban con un serio obstáculo, la ausencia de antecedentes, en la definición, programación y ejecución de una estrategia de desarrollo económico integral para el país. Durante la seudorrepública los gobiernos de turno se limitaron a establecer medidas de carácter reformista y regulatorio, que solo favorecían los intereses de los capitales nacional y foráneo. Por eso, en esas condiciones, y sin tener un punto de referencia viable, resultaba una verdadera proeza iniciar y hacer avanzar la reconversión de nuestra economía subdesarrollada.

Soberanía nacional e independencia política

La existencia de un capitalismo subdesarrollado y dependiente en Cuba, considerado un complemento de la economía norteamericana, convertía los términos

² *Ibidem*, p. 17.

de soberanía e independencia económica en el punto de partida para cualquier transformación revolucionaria en la isla. La superación del subdesarrollo presupone, en primer lugar, la independencia económica y el ejercicio de la soberanía política que sintetizan en el concepto de soberanía total. Desentrañar el alcance y lugar de estas categorías fue para el Guerrillero Heroico labor primordial en la educación política e ideológica de las masas populares.³

Por soberanía nacional el Che entiende, primero, «el derecho que tiene un pueblo a darse el gobierno y el modo de vida que mejor le convenga; eso depende de su voluntad, y solamente ese pueblo es el que puede determinar si un gobierno cambia o no».⁴

Advirtamos que en más de una ocasión el Che previno de que con el poder político solamente se iniciaba la lucha por la liberación total, en tanto esta presupone disponer de todas las riquezas del país. «El poder revolucionario [decía] o la soberanía política es el instrumento para la conquista económica y para hacer realidad en toda su extensión la soberanía nacional».⁵ Igualmente entendía que el concepto de soberanía política es ficticio si al lado de ella no está la independencia económica. En esta concepción se revelan las premisas suficientes para lograr la soberanía nacional: la independencia económica, la voluntad política de los pueblos, y su representación gubernamental son los elementos claves para su consecución práctica. Aquí el Che denotaba que en el momento en que las medidas gubernamentales hagan que cese este camino –entendámoslo en el de la independencia económica–, o que se vuelva atrás [...] se ha perdido todo y se volverá indefectiblemente a los sistemas de colonización más o menos encubiertos de acuerdo con las características de cada país y de cada momento social».⁶

Desde su perspectiva, la independencia económica en Cuba sólo sería posible cuando se hubieran desarrollado todos sus medios, todas sus riquezas naturales, cuando se asegurara mediante tratados comerciar con todo el mundo (sin que existiera la acción unilateral de alguna potencia extranjera), cuando se lograra mantener el ritmo de la producción y la máxima capacidad productiva en las diferentes ramas y en una economía planificada.

En aquellos momentos Cuba no poseía independencia económica, en tanto la simple detención de un barco en los Estados Unidos podía ocasionar la paralización de una fábrica en nuestro país. En estas condiciones la dependencia económica era obvia.

Para el caso de Cuba –con una alta concentración geográfica del comercio exterior–, el alcance de la independencia económica tendría que ser gradual. La expropiación de los medios de producción en manos del capital extranjero era una premisa esencial, pero no la única; había que superar el atraso secular de la economía e insertarnos en la división internacional del trabajo sobre nuevas bases.

Consecuentemente con estas ideas el Che puntualizaba los objetivos estratégicos y tácticos, a la vez que señalaba los peligros y obstáculos que tendrían que enfrentarse. En síntesis, este proceso contemplaba: la ruptura del papel dominante del capital extranjero en los marcos de la economía nacional y la

³ Todavía en los años 90 lo que se debate en el proyecto social cubano, es lograr la independencia económica para preservar la nación cubana.

⁴ *Ibidem*, p. 42.

⁵ *Ibidem*, p. 42.

⁶ *Ibidem*, p. 46.

reestructuración económica interna, ambas indispensables en el establecimiento de un fuerte poder estatal contentivo de los intereses de las grandes capas populares. El Che veía al pueblo como protagonista principal del progreso social cubano, asimismo situaba el frente económico como el escenario de lucha fundamental para alcanzar la independencia económica lo que sería imposible sin la participación consciente de un pueblo cada vez más preparado y educado. Tampoco pasa por alto que para alcanzar los objetivos estratégicos y los tácticos, había que delimitar qué hacer, y cómo hacerlo especialmente cuando eran casi nulas las reservas de divisas y existía una gran dependencia de las importaciones al proceso de reproducción de la economía nacional.

En la conferencia inaugural del programa televisivo «Universidad Popular» el Che planteó que para enfrentar los cambios era imprescindible obtener financiamiento para la industrialización, aquí muestra preferencia por utilizar el ahorro interno como pivote del desarrollo, a diferencia de algunos economistas cubanos de las décadas del cuarenta y cincuenta, que veían la solución de la industrialización en la participación del capital foráneo.⁷ Conocedor de la esencia y objetivos de la inversión del capital extranjero en los países subdesarrollados no veía con buenos ojos la recurrencia al financiamiento externo para el desarrollo, aunque no descartaba la posibilidad de su empleo.

Los hechos desencadenados en los primeros años de la Revolución nos explican por qué el capital nacional no jugó un rol en las transformaciones económicas del país –al margen de los errores cometidos en la nacionalización inadecuada de algunas pequeñas y medianas empresas, y en la interpretación inexacta de los términos de socialización formal y real. La burguesía nacional cubana lejos de aprovechar las oportunidades ofrecidas tomó en su mayoría actitudes similares a las adoptadas por el capital extranjero.

La estrategia económica de los primeros años

Para Cuba la primera estrategia de desarrollo se definiría a poco menos de dos años del triunfo de la Revolución. Su diseño contempló tres direcciones a saber:

- a) la industrialización acelerada del país a partir de la industria pesada;
- b) la diversificación de la agricultura;
- c) la sustitución creciente de las importaciones.

En la dirección macroeconómica del país se imponía una fuerte intervención estatal⁸ capaz de:

- 1) crear y organizar estructuras administrativas y de dirección que se correspondieran con los cambios que estaban ocurriendo en la estructura de la sociedad;
- 2) concebir y ejecutar los planes de desarrollo económico y social; todo lo cual no podía enfrentarse sin un amplio trabajo político que involucrara masiva y conscientemente a todo el pueblo cubano.

⁷ La experiencia de más de 50 años de neocolonialismo en Cuba manifestaba claramente que la intervención del capital internacional traía consigo profundos peligros para la soberanía nacional.

⁸ Recuérdese que el sector socialista en manos del Estado poseía en 1961 el 37 % de la agricultura, el 85 % del sector industrial, el 80 % de la construcción y el 92 % del transporte. (A. Vilariño, S. Dómench: *El Sistema de Dirección de la Economía de Cuba*, p. 100, Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1966).

Las tareas planteadas entonces, tomaban en cuenta la industrialización acelerada buscando una ampliación del mercado interno de bienes de consumo y de capital, los que al no ser producidos internamente tenían al sector externo como fuente principal de financiamiento. Por consiguiente, los principales objetivos a cumplimentar eran la industrialización para sustituir importaciones y una inserción diversificada en la división internacional del trabajo.

La aspiración de industrializar al país en el plazo más breve posible, tendría que enfrentar disímiles obstáculos. La presencia de fenómenos tales como el desempleo masivo, y la escasez de divisas, eran auténticas manifestaciones de las difíciles condiciones de partida del proceso para la supresión del subdesarrollo de nuestra economía. Si el primero de estos problemas –el desempleo–, era el más agudo desde el punto de vista político, el segundo era muy peligroso «...dada la dependencia enorme de Cuba respecto al comercio exterior». De ahí que las orientaciones básicas para el proceso de desarrollo contemplara las soluciones a estos dos graves problemas, denominados por el Che como «taras».

Una lectura reflexiva al discurso del Che en la quinta Sesión Plenaria del Consejo Interamericano y Social de Punta del Este, Uruguay, da fe de los objetivos básicos y de la celeridad –circunstanciada– que tenía desde sus inicios el proceso de desarrollo cubano. En dicha reunión el Che expuso el primer plan económico cuatrienal 1962-1965, que tenía como fin el desarrollo de la economía en un corto plazo; se aspiraba a colocar a Cuba en un lugar prominente en la producción de importantes ramas industriales, al mismo tiempo que se pronosticaba el autoabastecimiento de productos alimentarios a partir de una agricultura debidamente diversificada.

Con la puesta en marcha del programa de acción correspondiente a la estrategia de desarrollo en el sector industrial, surgieron fábricas de productos análogos a los que hasta entonces se importaban. Al mismo tiempo se crearon nuevas ramas de la producción material y los servicios que generaron un número considerable de puestos de trabajo, lo que en alguna medida atenuó la masividad del desempleo existente por entonces.

En la agricultura, se implementó una política agraria contentiva de la antítesis de lo que había existido hasta entonces; «...diversificación versus monocultivo; pleno empleo versus brazos ociosos».⁹ Tales eran los reclamos iniciales de las zonas rurales del país a las que se les prestó una atención connotativa. No es casual que los cambios se iniciaran con la Reforma Agraria, puesto que en ella estaban «planteados los términos de la lucha por la liberación del país... y los grandes dilemas que la Revolución puso en el tapete».¹⁰

La política de sustitución de importaciones se insertaba en la lógica de alcanzar la definitiva liberación nacional; no es de extrañar entonces que ella se aplicara de una manera u otra desde un principio. Dicha política se encaminó al dominio del mercado interno, la defensa de la industria nacional y al aumento de las producciones agrícolas. El llamado a consumir productos cubanos fue un auténtico programa de acción para disminuir el peso de las importaciones en el comercio exterior.

⁹ *Ibidem*, p. 253.

¹⁰ *Ibidem*, p. 253.

Cuba tendría que transitar por otros derroteros distintos de los recorridos por América Latina en materia de sustitución de importaciones. Los resultados de esta política en el continente fueron nítidos. Después de finalizada la II Guerra Mundial, el nacionalismo burgués latinoamericano patentizó ciertos éxitos en la política de defensa de la industria nacional y la sustitución de las importaciones, no obstante, transcurrido algún tiempo, esta mostró serias limitaciones pues el desarrollo del sector II de la economía, –productor de bienes de consumo–, empezó a mostrar síntomas de agotamiento mientras que el fuerte proceso inversionista que reclamaba la industria pesada, hizo que el capital nacional se asociara al capital extranjero ampliando la deformación estructural y la dependencia económica del continente.

Como habrían de seguirse nuevos caminos no transitados hasta entonces, la iniciativa privada debía enfrentar serias regulaciones gubernamentales, mientras que el rol protagónico lo tendría el Estado –ahora empresario y conductor de la economía.¹¹ Si bien se reconocía la iniciativa privada, ésta se subordinaba a los intereses macroeconómicos; en términos generales esto significaba ir debilitando gradualmente su participación en la economía nacional.

La redistribución de los excedentes económicos como vía de financiamiento interno para el desarrollo y la eliminación paulatina de las desigualdades entre las clases sociales existentes fue parte sustancial en la política económica del Estado desde un inicio.¹² Por otra parte, la intervención estatal se centró en el control del comercio exterior, el abastecimiento de bienes de capital e intermedios, el otorgamiento de créditos y la regulación de precios y salarios, restringiéndose así la espontaneidad económica.

En el plano de la conducción económica: el establecimiento de previsiones estratégicas sobre el desarrollo, la confección del primer plan y la aplicación de los principios básicos de dirección, quedaron expuestos en el sistema de financiamiento presupuestario.

Los errores cometidos

El primer plan de la economía nacional fue criticado por el Che algunos meses después, marzo de 1962, en el trabajo «Tareas Industriales de la Revolución», publicado en la revista *Cuba Socialista*. Allí comentaba que: «...este era la expresión en blanco y negro de nuestros deseos»,¹³ y lo calificaba de burocrático, aislado de las masas, y desligado de la realidad. Así era el Che, admitía con sobrada franqueza las equivocaciones, era intransigente con el engaño.

Es obvio que este plan careció de integralidad y previsión científica, y objetividad al no reflejar las reales condiciones que tenía el país en cuanto a recursos materiales, humanos y financieros para enfrentar los desafíos que impone el desarrollo. No cabe la menor duda de que a pesar de sus defectos, él preconizaba el camino hacia la real independencia económica y el progreso social. La

¹¹ Ver: Carlos R. Rodríguez: Intervención en la VIII Asamblea del Partido Socialista Popular, p. 320, Ed. Populares, La Habana.

¹² Ver: A. Vilaríño y S. Dómench: *El SDPE*, p. 26, Ed. Pueblo y Educación. La Habana, 1986.

¹³ Ernesto Che Guevara, «Tareas industriales de la Revolución» en *Temas Económicos*, p 195, Edit. Ciencias Sociales, 1988.

industrialización, diversificación y sustitución de importaciones que el país reclamaba con urgencia debía provocar el salto de una economía subdesarrollada a una desarrollada.

Inequivocamente, el camino a transitar para alcanzar el progreso no podía excluir dos principios básicos del proyecto de liberación nacional de la Revolución Cubana: la justicia social y la equidad. El carácter humanista de la Revolución Cubana vetaba cualquier camino hacia el desarrollo que ocasionara un alto costo social.

Che afirmaba –lo que prueba su sentido común– que este plan se impuso como una necesidad de la vida misma, y desde nuestro modesto punto de vista, confiado en que la concreción de los contratos con los países del campo socialista eran los que confirmaban la posibilidad real de la ejecución del plan. La ampliación e instauración de nuevas relaciones financiero-crediticias, y comerciales con la otrora URSS, el resto de los países socialistas del Este, y los asiáticos, abría múltiples oportunidades de financiamiento externo e intercambio comercial.

Aunque la puesta en práctica de este primer plan tuvo sus dificultades, a la planificación como instrumento de dirección estratégica de la economía no dejó de adjudicársele el papel central en las actividades de desarrollo. Su instrumentación y perfeccionamiento fue motivo de primerísima ocupación para el Che. Es por ello que en el establecimiento del sistema de dirección de la economía confeccionado por él, -el sistema de financiamiento presupuestario-, se le confiere el primer plano al plan, y a sus objetivos. El esclarece con exactitud el lugar del plan en la dirección de la economía nacional.

La estrategia en el sector industrial no estuvo exenta de errores, aquí él puntualiza que al margen de ciertos logros alcanzados en los primeros años del desarrollo industrial, era justo reconocer que las insuficiencias presentadas se derivaban de una concepción poco precisa de las características tecnológicas y económicas que debían poseer muchas de las capacidades que se habían y venían instalando y que fundamentalmente estaban influenciadas por la necesidad de solucionar el desempleo y la presión que ejercían los problemas del comercio exterior.¹⁴

Respecto a una valoración crítica de las vías seguidas en este empeño de industrializar el país en los primeros momentos Che señaló: «el primero de ellos consistió en la interpretación que le dimos al término diversificación. En lugar de llevar el proceso en términos relativos, se llevó en grado absoluto. Las áreas cañeras fueron reducidas para dar paso a nuevos cultivos, lo cual significó un descenso general de la producción agrícola; durante toda la historia económica de Cuba la caña se había encargado de demostrar que en ninguna otra cosecha los recursos rendían niveles de eficiencia tan altos como cuando en ella se aplicaban. Que esto sucediera sin que mucho nos percatásemos de las implicaciones económicas, se explica por la idea fetichista, que ligaba la caña a nuestra dependencia con el imperialismo y el nivel de miseria alcanzado en nuestros campos, sin analizar los verdaderos culpables, las relaciones de producción, el intercambio desigual.¹⁵

Por lo tanto, se hizo necesario rectificar y definir cuál debía ser el camino futuro y el eslabón de partida. Entonces se determinó que la producción azucarera

¹⁴ _____: *Escritos y discursos*, tomo 8, p. 360, 1972.

¹⁵ _____: «Cuba, su economía...», p. 253.

que había sido históricamente nuestra principal industria debía constituir el eje central, el eslabón principal, para el desarrollo. Tal criterio de partida fue fundamentado de una forma u otra en la afirmación de que: «La zafra significa azúcar y el azúcar significa nuestra moneda, nuestra moneda en el exterior, de modo que nosotros tenemos que conseguir nuestra moneda, la que nos permite traer todos los artículos de consumo que todavía no producimos, todas las materias primas para nuestra industria que se nutre de materias primas extranjeras, por las mismas características que el imperialismo dio a nuestro desarrollo industrial, también para las nuevas inversiones, para asegurar el desarrollo de una industria y una agricultura potente».¹⁶

La práctica de sustitución de importaciones que debía atenuar la enorme dependencia de la reproducción al comercio exterior, no fue eficaz. La construcción de nuevas fábricas para crear maquinarias, equipos e instrumentos de trabajo, así como para garantizar las materias primas necesarias con vista a complementar otros procesos productivos tuvieron algunos resultados positivos; solo que a su concepción le faltó integralidad.

Aún cuando en ese período surgió un número considerable de nuevas fábricas, estas dependían de un alto componente importado en su producción. Para el Che esto no era un defecto sino un defectazo. Al referirse a esta problemática afirmaba que hacía falta desarrollar toda la materia prima para la industria, porque a pesar de la importancia que poseen los productos acabados al analizar el origen que tienen las materias primas se observa que la gran mayoría son productos de importación.

Era apreciable la falta de correspondencia entre las pretensiones de la política de sustitución de importaciones y sus resultados en cuanto a la complementación interna y la cooperación económico-productiva entre las distintas empresas y sectores. No se aspiraba a la autarquía, pero sí a mostrar una mayor autosuficiencia en lo que al suministro de materias y otros productos se refiere. Después de este balance se hizo imprescindible rectificar.

La nueva estrategia

La rectificación de la estrategia determinó como pivote del desarrollo al sector agroexportador azucarero. La designación de este sector tenía en cuenta la tradición heredada del capitalismo, al mismo tiempo que aprovechaba las condiciones naturales excepcionales que posee el país en la producción cañera. Crecer en términos de azúcar significa obtener las divisas necesarias para impulsar la industrialización, y con ello lograr la complementación interna de la economía.¹⁷

Tal y como hemos expuesto, la búsqueda del camino a seguir para el desarrollo económico del país no fue una tarea fácil ni se logró rápidamente, tampoco constituyó una tarea individual, sino que siempre resultó del pensamiento colectivo de la dirección revolucionaria y la participación popular.

La nueva estrategia contemplaba no solo al sector agroexportador azucarero, sino también el desarrollo del complejo minero metalúrgico, la industria química y la ganadería. El sector externo seguiría siendo en extremo importante,¹⁸ aunque en él

¹⁶ *Ibidem*, p. 253.

¹⁷ Ernesto Che Guevara: *Escritos y discursos*, tomo 8, pp. 136-137, Edit. Ciencias Sociales, 1972.

¹⁸ Colectivo de autores: *Monografía acerca del pensamiento económico del Che: «Algunas consideraciones sobre las ideas del Che acerca del desarrollo económico de Cuba y la necesidad de sustituir importaciones»*, UCLV, 1989.

se tendría que verificar un cambio cualitativo al crearse todas las condiciones para utilizar en lo posible las ventajas que permite el comercio exterior en una economía infradesarrollada.¹⁹ Las líneas principales enfiladas hacia los rubros exportables no significó en ningún momento abandonar la política de sustitución de importaciones; en tal sentido las nuevas concepciones concebían un balance entre ambas políticas. El curso acelerado de sustitución de importaciones se produciría luego de un adecuado proceso inversionista que permitiera crear una infraestructura productiva y social donde la integración y complementación interna disminuyeran la dependencia de la industria local de las importaciones de materias primas y energéticos –principal talón de Aquiles de la economía cubana. Está claro que en las condiciones concretas de nuestro país, constituye una utopía aspirar a la *autarcia* en el consumo productivo y social. La ausencia de fuentes principales de recursos energéticos, materias primas y materiales para la industrialización exige la utilización de las ventajas que ofrece la internacionalización de la división del trabajo; y las que en aquellos momentos conferían las relaciones con los países socialistas.

A partir de enero de 1964 los acuerdos azucareros establecidos con la URSS posibilitaron readecuar la estrategia inicial ante la garantía de un mercado seguro para nuestra principal industria, al mismo tiempo que se abrían las posibilidades para diversificar la producción agrícola e industrial.

La experiencia acumulada en 1963 permitió revisar los programas trazados y se aceptó la nueva estrategia dirigida a crear las condiciones que posibilitaran la transformación de la estructura económica atrasada y su conversión en un factor de generación de medios para la acumulación, indispensables para la posterior industrialización del país.

Hasta mediados de la década del 70 se estuvieron preparando las condiciones para una estrategia de desarrollo económico y social integral. No es por casualidad que el Che al referirse a las tareas del primer decenio de la Revolución, afirmaba que la industrialización en aquellos momentos no haría otra cosa que preparar el camino para la futura y definitiva transformación económica que se efectuaría en la década venidera.

Es así como, en el orden interno, se creó la infraestructura social y productiva necesaria para viabilizar el desarrollo; se prepararon los cuadros calificados y se restableció el equilibrio financiero interno. En el orden externo se produjo la inserción de Cuba en la división internacional socialista del trabajo –garantía del mercado para los productos nacionales–, la tecnología y las fuentes de financiamiento externo, la banca transnacional propició créditos garantizando el vínculo con el mundo capitalista (40 % del comercio exterior en esta época). Si se valora justamente la situación de entonces, el país contaba con los requerimientos necesarios para enfrentar definitivamente el camino hacia el desarrollo.

La concepción del programa perspectivo de desarrollo a partir de 1975, encaminaba al país hacia una economía agroindustrial, y contenía en su letra las concepciones iniciales de: industrialización con sustitución de importaciones, una adecuada complementación interna y diversificación de las exportaciones. Como resultado de esta estrategia se obtendría un desarrollo agroindustrial partiendo de

¹⁹ Recuérdese que en términos de estructura del comercio exterior la deformación está delimitada en la existencia de un monomercado y una monoexportación que definían en especial los grados de dependencia del país al capital norteamericano.

la industria azucarera y sus derivados, el complejo minero, metal, energético, el citrícola y el ganadero; así como de la industria química y el turismo. Esta estrategia debía reducir los efectos negativos del comercio exterior en condiciones de una economía abierta como la nuestra; tal y como planteara el Che esto solo sería posible sobre la base de una industrialización de grandes magnitudes.

Al efectuar un análisis del decenio 1975-85, los resultados económicos y sociales indican que hubo avances sustanciales, aunque es evidente que estos no se correspondieron con las expectativas trazadas. El mantenimiento de las viejas deformaciones estructurales junto a las nuevas desproporciones generadas, el aumento del coeficiente de importaciones y de la dependencia del mercado exterior, el agotamiento del modelo de dirección y de gestión de la economía son expresiones de algunos de los resultados obtenidos y no deseados por el programa. La estrategia de desarrollo en esos años no posibilitó la supresión del subdesarrollo y la dependencia económica, y menos aún los efectos que generan las fluctuaciones del comercio exterior.

Los años 90 presentan desafíos similares y más complejos que los de los años 60. En primer lugar, mantener el nivel de vida alcanzado que nos coloca en materia de salud, educación y desarrollo científico a la vanguardia del tercer mundo; en segundo lugar, elevar los niveles de desarrollo económico de modo que se eliminen las deformaciones estructurales y la dependencia económica. En resumen, lograr el desarrollo, y con ello la independencia económica, como garantía indispensable para el mantenimiento de la soberanía nacional total.

El orden mundial y la soberanía económica y política de Cuba en los 90

En el primer lustro de los años sesenta la economía internacional no era esencialmente diferente de lo que es hoy, pero es conveniente expresar que algunos procesos, tendencias, doctrinas, que hoy existen, tenían poca significación, o simplemente no se manifestaban. Uno de los nuevos sucesos es la globalización, que aunque tiene sus antecedentes en décadas pasadas, se conforma en toda su extensión y profundidad en los últimos años. El proceso de globalización de la economía condiciona la reproducción del capital social de las naciones.

El orden económico imperante en la economía mundial ejerce hoy su expoliación a través de medios muy sofisticados y teje imperceptibles hilos de araña, a saber: los mecanismos de comercio mundial, las relaciones crediticio-financieras y la regulación monopolista estatal supranacional, entre otras. Estas mantienen atadas a las economías tercermundistas al gran capital transnacional a la vez que laceran su «soberanía total». Tal parece que resulta insuficiente la supeditación real de las economías tercermundistas a los intereses de los países capitalistas desarrollados y a los mecanismos económicos impuestos por ellos, y prevén completarla con la pérdida de la soberanía total.

Cabe preguntarse entonces, hacia dónde se orientan las concepciones contemporáneas sobre soberanía política e independencia económica, cuando la práctica cotidiana refleja que el imperialismo no existe sin su contrapartida, las economías subdesarrolladas, principal soporte y garantía de la maximización de la ganancia del modo de producción capitalista en la actualidad. Asimismo, pudiera preguntarse si las economías pequeñas y abiertas como la nuestra podrán alcanzar

la soberanía total, y qué hacer para no desaparecer cómo naciones independientes y soberanas en un mundo que se torna cada vez más hostil y unipolar.

Las respuestas que exigen estas interrogantes van más allá de estas valoraciones, las que pudieran ser tema para un debate más profundo. Sin embargo, en el pensamiento guevariano presentado encontramos la clave para la reflexión más seria y exacta.

Si bien es cierto que las condiciones internacionales se tornan mucho más complejas para lograr «la independencia económica» y que el camino a recorrer es hoy más largo y difícil, para nuestro país esto no resulta imposible si: primero, se mantiene la soberanía política con amplia y consciente participación popular; segundo, si las transformaciones estructurales que han de originarse en el interior del país sustituyen las relaciones de dependencia por las de interdependencia económico-productivas, lográndose vínculos con terceros países exentos de condicionamientos políticos o económicos; tercero, si la realización de transformaciones se nutre de la necesaria inteligencia, sabiduría, experiencia e historia del país; y por último, si existe un trazado consciente y programado de táctica y estrategia en donde «el bosque permita ver los árboles» con exactitud en el camino hacia el desarrollo y la verdadera independencia total.

BIBLIOGRAFÍA

ALARCÓN, R. Y OTROS: *Pensar al Che*, Recopilación de artículos, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1991.

GUEVARA, ERNESTO: *Temas Económicos*, Ed. Ciencias Sociales, La Habana, 1988.

DONÉSTEVEZ, GRIZEL; LUISA FAJARDO; DAGOBERTO FIGUERAS: *Monografía sobre el Pensamiento Económico del Che*, Ed. UCLV, Santa Clara, 1989.

_____ Comentarios a la lectura «Soberanía política e independencia económica», [material inédito], UCLV, Santa Clara, 1995.

VILARIÑO, A. Y S. DOMENECH: *El SDPE*, Ed. Pueblo y Educación, La Habana, 1986.